procuradores del puerto de la Vera Cruz no guardaron el orden que Cortés les dio de que no tocasen en una estancia de Francisco de Montejo, junto a la Habana, porque Diego Velázquez no lo entendiese y de aquí resultó que faltó poco que un navío que despachó tras ellos Diego Velázquez, con Gonzalo de Guzmán, no los alcanzase por haberse detenido a tomar refresco en esta estancia de Montejo y tocando en el Marién de Cuba pasaron a la Habana y desembocaron la canal de Bahama y llegaron con próspero viento a España, siendo los primeros que hicieron aquella navegación por no dar en manos de Diego Velázquez. Y a esto se determinó Antón de Alaminos juzgando con la mucha plática que tenía de los Lucayos y de la costa de la Florida, que aquellas corrientes habían de acabar en alguna parte y fue metiéndose al norte, y sucedióle bien; porque salido de la canal sin riesgo halló mar muy espacioso y seguro y dichosamente prosiguió su viaje y llegó a San Lúcar por octubre. Hallábase en Sevilla el clérigo Benito Martín (que dejamos dicho haberle despachado Velázquez a España con sus pretensiones), y venía de vuelta para Cuba que traía los despachos del rey para Diego Velázquez. Y porque informó a los oficiales de la casa de la contratación que aquéllos iban en deservicio del rey, tomaron cuanto iba en el navío con los tres mil castellanos que llevaban para su gasto y la cuantidad que Cortés enviaba a su padre. El presente se envió al rey a Valladolid para que allí lo viese, porque ya se entendía que partía de Barcelona para ir a La Coruña a embarcarse para Flandes y avisaron de ello al obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca que estaba proveyendo el armada para el pasaje del rey, al cual escribió agravando el alzamiento de Cortés contra Diego Velázquez que se quejaba mucho del caso, diciendo que su majestad debía mandar castigar a los procuradores y no oírlos, los cuales con el piloto Alaminos que iba como tan plático a dar cuenta de la navegación que se había hallado en los tres descubrimientos, se fueron a Medellín y juntándose con Martín Cortés se encaminaron a Barcelona y sabiendo que el rey era partido, fueron a guardarle a Tordesillas.

CAPÍTULO XXV. *De un motín que se hizo contra Fernando Cortés y del castigo que ejecutó en los más culpados; y cómo echó a fondo los navíos de su armada y lo que hubo acerca de esto*

COMO EN TODAS LAS COSAS hay diferentes opiniones y no en todas las comunidades pueden todos estar acomodados y satisfechos, hubo de la gente de Cortés algunos que, o agraviados de él porque no les había dado oficios, o pareciéndoles mal que la jornada no fuese hecha a cuenta de Diego Velázquez, se amotinaron; y los que más apretaron en este motín fueron Diego Escudero, Juan Zermeño, Gonzalo de Umbría, piloto, Bernardino de Coria, los Peñates, naturales de Gibraleón, el padre Juan

Díaz, clérigo y otros criados y amigos de Diego Velázquez, y acordaron de hurtar un navío de poco porte e irse a Cuba a dar aviso a Diego Velázquez de lo que pasaba. Y teniendo el navío proveído de vitualla y yéndose de noche a embarcar se arrepintió Bernardino de Coria y lo avisó a Fernando Cortés, el cual mando luego quitar las velas al navío y prender los fugitivos. Confesaron la verdad, y perdonando a algunos de más cualidad, con quien por el tiempo que corría no pudo Cortés dejar de disimular, mandó ahorcar (mostrando que lo hacía con mucho dolor) a Diego Escudero, que fue el que siendo alguacil en Cuba le prendió, como atrás se ha dicho, y aquí le pagó la que acullá le hizo, y con él también a Diego Zermeño, piloto, hombre tan ligero que con una lanza en la mano saltaba sobre otra levantada con las manos de los más altos hombres que había en el ejército, y tenía tan vivo el olfato que andando por la mar olía la tierra quince leguas y más (aunque no olió esta muerte), mandó cortar el pie a uno y azotar a Gonzalo de Umbría, también piloto y a Alonso de Peñate y no quiso castigar a otros muchos ni al padre Juan Díaz por ser sacerdote; porque verdaderamente es severo y prudente el que con poco rigor y ejecuciones se hace temer por terrible. Así quedó Cortés temido y estimado; y a la verdad si en este caso se mostrara blando nunca después los señoreara; y si se descuidara se perdiera, porque aquéllos avisaran con tiempo a Diego Velázquez y él tomara la nao con el presente, cartas y relaciones. Después de haber firmado la sentencia, porque no se dejase de ejecutar por ruegos, se fue a Cempoalla adonde ordenó que acudiese Pedro de Alvarado, a quien había enviado con doscientos hombres a los pueblos de la sierra por vitualla, porque en el ejército había falta de ella, para que allí se tratase de la jornada de Mexico, de la cual andaban los soldados deseosos, con las esperanzas que Cortés cada día les daba, de que en ella se habían de enriquecer, con que los mantenía en quietud, amor y reverencia. Apaciguado el motín y puesta en quietud la gente, trató Cortés en Cempoalla de la jornada de Mexico que la tenía muy en propósito; pero encubría sus intentos a los soldados porque no rehusasen la venida con los inconvenientes que el gobernador Teuhtlille con otros habían puesto, especialmente por estar la ciudad sobre agua, que lo juzgaban por cosa fortísima (como en efecto lo era); y para que le siguiesen todos, aunque no quisiesen, acordó de quebrar los navíos (cosa recia de hacer y peligrosa para el resguardo que podían tener y seguro de las vidas si acaso se viesen en algún peligro); dejada aparte la tran pérdida que era perderlos y echarlos a fondo, pero con el ánimo invencible que tenía, tuvo por menor inconveniente verse sin navíos y perderlos que no tenerlos para que a cada pequeña ocasión la tuviesen los soldados de querer hacer fuga, pretendiendo en esto quitar a los aficionados de Diego Velázquez y aun a los suyos propios la esperanza de volver a Cuba, que eran muchos los que quisieran más volverse que quedarse; y si abriera cualquiera pequeño resquicio de permiso fueran tantos los que salieran por él que hicieran portillo muy ancho por donde por ventura no quedara ninguno, y cualquiera número de gente que se le fuera le hacía mucha falta y disminuía sus fuerzas. Esto le dio mucho que pensar algunos

días y al fin se resolvió en creer que le convenía para poner a todos doblado ánimo, viéndose en tierras tan grandes y tan pobladas de gente y necesitados a seguirle y obedecerle y que con valor emprendiesen la jornada no viendo otro remedio; porque diferentemente pelea el que sabe que ha de morir si no se defiende, que el que tiene entendido que cuando apriete el riesgo y peligro tiene guarida donde meterse y salvar sin dolor la vida.

Esto pensado, tuvo traza como sin ruido ni alteración pudo poner en ejecución su propósito; porque si no fuera con maña fuera imposible que lo hiciera con absoluto poder, porque es cierto que de veras se le amotinaran todos los soldados y le perdieran el respeto y aun le quitaran la vida por ello; pero para salir con este tan hazañoso hecho y ardid de capitán, demasiadamente atrevido y determinado, negoció con algunos maestres que secretamente barrenasen sus navíos, de suerte, que se hundiesen, sin poderlos remediar ni agotar el agua; y rogó a otros pilotos que echasen fama cómo los navíos no estaban para navegar más, por estar muy cascados y comidos de broma; y que cuando estuviese en alguna junta de muchos soldados se llegasen a él y se lo dijesen como que lo decían para que después no los culpasen por no haber avisado con tiempo. Los pilotos y maestres lo hicieron como Cortés lo ordenó y le dijeron delante de todo el ejército cómo los navíos estaban abrumados e imposibilitados para hacer navegación en ellos y que hacían mucha agua. Todos lo creyeron por haber estado en aquel puerto más de tres meses (tiempo suficiente para estar comidos de broma). Hizo Cortés demonstración de pesarle de ello y comunicólo con los presentes; y después de haber altercado mucho sobre el caso, quedó determinado que se aprovechase de ellos lo que más se pudiese y los dejasen hundir u dar al través, y fingía sentimiento de tan grande pérdida y falta. Con esta astucia dieron al través en la costa con los mejores cinco navíos desbalagándolos de la artillería, armas, vitualla, velas, sogas, áncoras y todas las otras jarcias que podían aprovechar.

Antonio de Herrera en su *Historia general*,[1] dice que por no dar causa de alguna alteración entre la gente con tal novedad tuvo forma para que los soldados más aficionados que tenía se lo pidiesen, a los cuales persuadió a ello con muchas razones; y entre otras, que siendo la gente de la mar al pie de cien hombres, ayudarían en las jornadas y empresas que habían de hacer a los soldados a llevar los trabajos de las guardias y centinelas y otras cosas; y que los soldados se lo pidieron y que de ello se recibió auto por ante escribano y que luego se entendió que a esto le había movido otra astucia que fue no quedar él solo obligado a la paga de los navíos, sino que el ejército los pagase. De esto que Herrera dice no tiene culpa, porque como hombre que no ha estado en esta tierra escribe según las relaciones que ha tenido en España; pero lo cierto es lo referido porque así se ha platicado siempre entre las gentes que más supieron de esta jornada y lo decían muchos de los conquistadores; que para que haga fe basta, pues para lo contrario no hay más razón de que lo haya dicho uno solo.

[1] Dec. 2, lib. 5, cap. 4.

Y lleva camino más concertado esto primero que hemos dicho, lo cual probamos aun por las mismas razones de el que hizo la relación de Herrera; porque dice luego que mandó Cortés al alguacil mayor Juan de Escalante que fuese a la Villa Rica y sacase de los navíos las áncoras, cables, velas y cuanto tenían de provecho y que con todos ellos diese al través; y luego prosigue en el capítulo primero de el libro sexto: Habiéndose platicado de ir a Mexico y estando todos conformes en este propósito, sabido que los navíos ya no eran de provecho y lo que de ellos había hecho Juan de Escalante, comenzaron murmuraciones entre los soldados, diciendo que Fernando Cortés los había metido en el matadero y quitado el remedio que podían tener de socorro de fuera o de retirada cuando en la tierra alguna grande necesidad se les ofreciese, juzgándolo por consejo temerario; pues si este rumor y murmuración se levantó entre los soldados después de hecho este hecho, luego antes no lo sabían, que a saberlo y siendo de su consentimiento no tenían ahora que sentir después de ejecutado. No niego yo todo este rumor ni murmuración referida, sino que contradigo haber sido hecha de gente que había prestado consentimiento en el hecho de Cortés; y así digo que este caso no pasó en público ni con autoridad de justicia, sino muy en secreto y comunicado con pocos, y ésos fueron solos los forzosos y sin los cuales no pudo tener efecto este caso. Concedería yo al que informó a Herrera que para quebrar los cuatro que después quebraron haría aquella diligencia Cortés; porque cosas públicas son más seguras, cuanto más se fortalecen con razón y justicia; y cuando quebraron estos cuatro ya se hizo con alguna dificultad, porque la gente entendió el trato y el propósito de Cortés y se quejaban de que los metía entre sus enemigos como a ganado en corral para que sin remedio muriesen; y si esto fue después, mejor lo dijeran antes y aun lo defendieran como caso pernicioso y contrario a su remedio.

Este alboroto y rumor aplacó Cortés diciendo a la gente que los que no quisiesen seguir la guerra en tan rica tierra ni en su compañía se podían volver a Cuba en el navío que para eso quedaba. Ésta fue astucia también de Cortés, porque no lo hacía sino para saber cuántos y cuáles eran los cobardes y contrarios y no fiarles nada, ni confiarse de ellos en cosa de importancia. Hubo algunos inquietos y los más de éstos eran marineros que más querían marear velas en la mar que sufrir el peso de las armas en la tierra y otros soldados de los comunes. Y viendo esto Cortés habló-les a todos y díjoles, que no sabía con qué cara tenían voluntad de volver a Cuba los que delante de sus ojos tenían tanta riqueza; y que si todavía había quien se quisiese ir que desde luego le daba licencia pues había navío en que irse; aunque no quería dejar de certificarles que no pensaba intentar empresa que no pudiesen sufrir las fuerzas con que se hallaba; cuanto más que entendía en el negocio que tomaba a su cargo ganar mucho más con industria que con fuerza y que siempre se gobernaría de manera que perdiendo o ganando no se pudiese decir que por culpa suya se había dejado de conseguir victoria, presupuesto que no se hallaba con poderoso ejército ni aparatos tan grandes como parecía que eran necesarios para la jornada

que querían comenzar; y que creyesen que confiaba en Dios que todos se tendrían por contentos de haberle seguido. Dicho esto ninguno que algo importase habló palabra ninguna u de miedo u de vergüenza; y para la gente común que se había inquietado hubo de los más nobles quien les hablase y los redujese a seguir la jornada. Y cuando lo tuvo todo pacífico (que fue éste uno de los mayores peligros que Cortés pasó) mandó quebrar el navío que había quedado, y con esto quedaron todos sin esperanza de salir de allí por entonces, ensalzando mucho a Cortés por tal hecho. Hazaña, por cierto, necesaria para el tiempo y hecha con juicio de animoso capitán, aunque de muy confiado y cual convenía para su propósito, aunque perdía mucho en los navíos y que daba sin la fuerza y servicio de mar. Y de estos ejemplos no hay muchos; y de lo que yo alcanzo a saber me ocurre uno que hicieron los troyanos (como refiere Aristóteles) cuando pasando de sus tierras a las de Italia quemaron ciertas mujeres los navíos en que habían venido porque no tuviesen ocasión de volverse; y viéndose sin remedio fundaron la ciudad de Roma y permanecieron en ella. Y de Omich Barba Roja, el de el brazo cortado, dice Francisco López de Gómara, en lo que escribe de las batallas de la mar, que poco antes de este hecho de Cortés quebró siete galeotas y fustas por tomar a Bugia para que viéndose los soldados sin socorro y tan a los ojos la muerte se animasen y venciesen a los enemigos. De este hecho de Cortés, digo, que bien pudo él hacerlo; pero que allí anduvo el espíritu del Señor sobre las aguas (como dice la Sagrada Escritura) no para hacer de los navíos otra cosa sino para deshacerlos y anegarlos; porque a no ser hecho de Dios era caso temerario de hombres, a los cuales ya ayudaba en estas tierras para proseguir en ella lo comenzado en Cempoalla, de la destruición de el culto de el demonio y quebrantamiento de ídolos (como antes habían hecho y lo referimos en el libro de la conversión de estas gentes).

CAPÍTULO XXVI. *Que Fernando Cortés comienza su viaje para Mexico y cosas que en el camino le suceden; y de las grandezas que Olintetl, señor de Xocotla, le cuenta de Motecuhzuma que son de notar*

ECHA ESTA PACIFICACIÓN comenzó Cortés a tratar en público y muy de propósito la venida a Mexico y apercibirse para ella. Llamó al señor de Cempoalla y amonestóle la fidelidad que le había prometido; y la buena amistad que debía haeer a los españoles que dejaba en la nueva población de la Vera Cruz, que fueron ciento y cincuenta españoles. Llamó también a los señores de la serranía y pueblos confederados, y les dijo cómo habían de mandar que se acudiese con gente para acabar la iglesia y fortaleza y las otras fábricas de la Villa Rica y con bastimentos para el sustento de los soldados que quedaban; y tomó por la mano a Juan de